

te: por la gracia de Dios y la buena voluntad de todos vosotros, el ejercicio de la autoridad, aunque siempre pesado y duro, no aparece tan difícil en esta Diócesis. Yo os debo dar las gracias por vuestro equilibrio y vuestra colaboración sincera. Por lo demás, el sufrimiento y la lucha han de formar parte de la vida cristiana. El ser esta vida de fe, de esperanza y de amor, debe consistir en creer en las palabras de Dios, en hacer por amor muchas cosas difíciles y a veces desagradables, y esperar el momento en que se realicen las promesas divinas. Ahora gemimos y sembramos con lágrimas, pero vendrá un día en que se recogerá la cosecha y veremos con gran alegría la manifestación de los Hijos de Dios, siendo glorificados con Cristo después de haber padecido con El. Esta vida, como dice nuestro pueblo, no es la vida, y la verdad es que los sufrimientos actuales no pueden compararse con la gloria y felicidad que el Señor nos prepara.

Creo sinceramente que aquí se cumple de ordinario la doctrina cristiana sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Queremos dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Cada uno en su lugar. Sin meterse ni querer influir en el cercano ajeno, con respeto mutuo y cordial colaboración. Esa es nuestra ley. Yo siento el deber de manifestar mi gratitud a las autoridades que, dentro de lo que constituye nuestra imperfección humana, ayudan y favorecen la obra espiritual de la Iglesia católica, procurando no sólo respetar sus funciones propias, sino también ayudarla. El fin religioso pertenece al bien común y es obligación de todo cristiano hacer lo posible por ayudarlo.

Las relaciones del Obispo Diocesano con el Clero son muy buenas. Los Sacerdotes saben que su Obispo les ama con predilección y les ayuda con todas sus fuerzas y ellos colaboran generosamente entregándose al servicio de Dios y de los Hermanos, dentro de las funciones propias sacerdotales. El Ofrecimiento del Clero que hizo recientemente en Almodóvar del Campo, patria del Maestro Juan de Aviala, es para no olvidarlo. se ha hecho mucho y se quiere hacer mucho más, a tenor de las líneas tradicionales y renovadoras que con toda claridad señala el Concilio Vaticano II.

Mención especial merece nuestro Seminario, que también quiso unirse a la celebración de las Bodas de Plata de su Obispo y le hizo el obsequio de un programa y de unas realidades que constituyen nuestra mayor satisfacción. Reconociendo las dificultades actuales, pero con buena voluntad por

parte de todos y con espíritu abierto, están dispuestos a resolverlas superándose a sí mismos.

El acto de las Religiosas, realizado en la Iglesia Catedral, vino a ser una manifestación viva del amor y reverencia mutuos y de lo mucho que las Religiosas están haciendo y desean hacer, superándose, en el ámbito de la Iglesia Diocesana.

También tengo muy presente la Misa de acción de gracias y las palabras que los alumnos de la Escuela de Magisterio dirigieron a su Obispo en el acto religioso que recientemente celebramos.

Hoy, Día del Prelado, recibo con gusto el homenaje de los fieles diocesanos, presididos por sus dignísimas autoridades. Ya soy hijo adoptivo de Daimiel. La Excm. Diputación provincial, recogiendo los sentimientos de toda la Diócesis y con la aprobación cariñosa del señor gobernador civil, ha tenido a bien nombrarme hijo adoptivo de la Provincia, honor que me obliga y me ata más a vosotros, haciéndome Obispo manchego, que no tiene ganas de abandonaros nunca y quisiera terminar sus días, o mejor su función episcopal, entre vosotros. El Excmo Ayuntamiento de Ciudad Real, recogiendo del mismo modo los sentimientos de los ciudadanos de la capital diocesana, quiere dedicar una calle a su Obispo. Sinceramente debo decir que me siento indigno de tal honor. Este preciado obsequio, agradeciéndolo mucho, me hace pensar en la muerte, no en el sentido negativo que puedan tener los que viven sin fe, sino en el positivo que indicó en sus versos Teresa de Jesús.

Todo lo agradezco con los mismos sentimientos de amor, veneración y gratitud con que me son ofrecidos. Y sé muy bien que esto no puede ir dirigido a la persona, sino a Dios, dador de todo bien, a Cristo, Maestro y Salvador de los hombres, y a la Iglesia santa, en cuyo seno vivimos y queremos vivir.

Sólo me resta haceros tres peticiones:

La primera es por el Seminario. Ahí tenéis el corazón de la Diócesis. En él está el corazón de vuestro Obispo. A él deben ir dirigidos los buenos sentimientos de todos los hijos de la Diócesis de Ciudad Real. El Seminario es de una importancia capital, pues en él se preparan los hombres que han de ser los padres espirituales de las almas.

La segunda petición es la de que, haciendo gala de vuestro ser cristiano, me otorguéis generosamente el perdón. Perdón por mis imperfecciones y mis fallos. Una cosa puedo deciros: que siempre